

que hoy conmemora, viéndola desgraciada le negase la justicia que le debe.

Algunas semanas despues el pobre presidiario regresaba al hogar paterno, libre por la clemencia de la Reina, pero condenado á muerte por los padecimientos físicos y morales que habia experimentado, y á principios del año siguiente se cumplia el más ardiente de sus votos, que era morir bajo el techo donde habia nacido, y descansar para siempre en el santo huertecillo de Abando!

XXXIV.

LAS ALMAS FUERTES.

Era por la primavera de 1867 y yo vivia con mi familia en Durango, á cuya villa y merindad tenía mucho cariño, porque en todos conceptos eran dignas de que se le tuviera por lo apacible y hermoso de su clima y suelo y por la honradez y bondadoso carácter de sus habitantes.

Sabía yo que Leandro hacia cerca de un año estaba en Bélgica dedicado al estudio teórico-práctico de la industria ferrera, pues sus padres y él, de comun acuerdo, habian decidido establecer una importante ferrería, dotada de los grandes y radicales adelantos modernos, en el solar de una antigua que poseian en la cuenca inferior del Cadagua.

Esta decision tenía el doble objeto de asegurar el porvenir de Leandro y devolver á su padre aquella vida siempre activa y ocupada que habia tenido casi desde

niño, y tanto echaba de ménos desde que quedó reducida casi á la ociosidad.

El casamiento de Leandro y Rosita se habia aplazado, por acuerdo de ambas familias, para cuando Leandro volviese del extranjero y plantease el proyectado establecimiento industrial.

Francisco solia escribirme y darme noticias no sólo de la familia de Gorostiza, sino tambien de las de Goyerri, adonde subia algunas tardes en sus paseos con D. Juan.

En una de sus cartas me decia: «Doña Mari-Rosa y su marido son los de siempre. Doña Mari-Rosa sigue llamando á su hermana el corregidor de Almagro, y Don Pedro lamentándose de que es más esclavo que los de Guinea. Su mujer continúa aconsejándole que lo eche todo noramala y se dé buena vida, y le veo cada vez más inclinado á seguir al fin este consejo, que me parece ha de dar resultados contraproducentes, así como creo que los ha de dar buenos el de doña Mari-Santa á D. Juan, que, como recordarás, fué siempre que volviese á la vida activa, como el mejor remedio de su aburrimiento.»

Un dia recibí una carta del mismo Francisco, cuyo preámbulo me alarmó sobremanera: «Por evitarte un gran sentimiento (me decia Francisco) no he querido decirte nada de los contratiempos que en sus intereses han experimentado, en lo que va de año, nuestros buenísimos amigos de Gorostiza, cuya fortaleza de ánimo (que es grande, lo que será para tí gran consuelo como para mí lo es) Dios ha querido poner á prueba, despues de colmarlos de prosperidad y dicha durante tantos años.

Casi se puede decir que D. Juan, que era millonario hace pocos meses, ha quedado reducido á la pobreza. El gran establecimiento comercial que tenía en Buenos-Aires en compañía de uno de sus antiguos amigos y que era la más productiva de sus propiedades, ha quebrado por mala fe ó ineptitud de su consocio, y es probable que pierda por completo el capital que allí tenía empleado. Los dos hermosos buques que tenía en la carrera de América se han perdido en el puerto de la Habana con motivo del horrible huracan que allí se experimentó últimamente. Y, por último, acaba de recibir la triste noticia de que se ha presentado en quiebra la casa de James Brigham y compañía, de Lóndres, donde sabes que tenía casi todos sus fondos. De modo que á esta buenisima familia millonaria ayer, apénas le quedan hoy más bienes que los de Vizcaya, reducidos á unas cuantas caserías, cuya renta apénas le bastará para subsistir con un poco de holgura. Todavía no son públicos en Bilbao estos contratiempos, que quiera Dios no se confirmen por completo, y te lo advierto para que los reserves, aunque D. Juan y doña Mari-Santa me han encargado que cuando te escriba te los participe para que no extrañes que D. Juan no haya ido, como te prometió, á pasar por ahí algunos dias en tu compañía. Leandro, que de todos modos debía volver á principios de verano para emprender en seguida la realizacion de sus proyectos fabriles, tiene ya noticia de estas desgracias y anticipa su vuelta deseoso de animar y consolar á sus padres.»

Las noticias que Francisco me daba me llenaron de tristeza; más aún: al leerlas estuve á punto de dudar de

la justicia de Dios, si bien me horroricé inmediatamente de esta duda y la rechacé, no sé si tan indignado de ella como de la debilidad de mi fe. Quise escribir á don Juan expresándole cuán profundamente sentia su infortunio y el de su familia; pero mi pluma no acertó á traducir ni áun pálidamente lo que mi corazon sentia, y dos dias despues salí para Bilbao, esperando que mis labios fueran más felices que mi pluma.

Francisco no estaba en Bilbao porque habia ido aquella mañana á predicar en una aldea próxima.

Mis amigos, que apénas florecian los endrinos y los membrillos en las estradas abandonaban la villa por el campo, querido de las almas del temple de la suya, estaban ya en Gorostiza, y allá me fuí en su busca.

La tarde era templada y hermosa y la ancha estrada de San Mames estaba llena de paseantes que iban ó venian, respirando con delicia el ambiente primaveral que movia suavemente aquellas enramadas recogiendo los delicados aromas que brotaban de ellas.

Al acercarme á Gorostiza parecíame que todo lo iba á encontrar allí vestido de luto. ¡Cuál no fué mi sorpresa cuando oí á Teresita cantar alegremente en el jardin, y vi á doña Mari-Santa y la dueña cosiendo y charlando alegremente en el mirador que daba sobre la estrada, y por la verja descubrí bajo el emparrado á D. Juan y Leandro agradablemente entretenidos en hacer un hermoso ramillete de flores, á cuyo efecto Teresita las cogia, don Juan las preparaba y Leandro las unia artísticamente.

Teresita habia crecido tanto en mi ausencia que me faltó poco para desconocerla.

Si Francisco no hubiese sido hombre tan formal que ni aún en el seno de la amistad intimísima y cariñosa que nos unía, no olvidaba un instante la dignidad de su estado, hubiera yo creído que todas aquellas noticias, que tanto me habían apenado, eran pura broma de Francisco.

Apénas me vieron, todos dejaron sus ocupaciones y salieron á mi encuentro llenos de alegría, como cuando yo iba á visitarlos en aquellos buenos tiempos en que Mari-Santa sólo tenía que llorar ajenas desgracias.

No me atrevía á hablarles de las tuyas, porque al ver su tranquilidad, todavía dudaba de que fuesen ciertas ó, á lo ménos, tales como Francisco me las habia pintado.

Dijéronme que Leandro habia llegado la noche precedente, y D. Juan me añadió:

—No le repito á V. que me dispense el que no haya parecido por Durango, porque supongo que el señor don Francisco le diria á V., como se lo encargamos, los motivos que he tenido para ello.

—Sé por él cuáles son esos motivos y vengo á decirles á VV. que los siento con todo mi corazón.

—Lo creemos sin que V. nos lo diga y lo agradezcamos con todo el nuestro.

—Venía tambien á consolar á VV. y á aconsejarles la resignacion; pero veo con infinito placer que están ustedes ya consolados y resignados.

—Es verdad, dijo doña Mari-Santa sonriendo; llega V. tarde, porque otro se habia adelantado á V. en esa buena obra.

—¿Quién, alguno de tantos buenos amigos como ustedes tienen?

—Sí, el mejor de todos: Dios que nos ha dicho desde el fondo de nuestro corazón y nuestro entendimiento: «Lo que os sucede es obra mia y debéis conformaros con ella porque ya sabéis que todo lo que yo hago es sabio y justo.» Mañana domingo vamos á subir á Begoña á dar gracias á *amá-virgiña* porque nos ha traído con bien á Leandro, y á llevarle el ramillete de flores que Teresita le tenía ofrecido si llegaban con salud su hermano y una perfumería parisiense que con él venía. Que le diga á V. Teresita el discursito que tiene dispuesto para dirigirsele á la Virgen.

—Veamos, amiga Teresita, qué discurso es ese.

Teresita no se hizo rogar, porque á pesar de su estiron, que la convertía en mujer hecha y derecha, conservaba la sencillez, gracia y viveza de la niña que suspiraba por poseer un corderito.

—Verás, me contestó, lo que le diré á la Virgen cuando ponga en su altar las flores: «*Amá-virgiña*, dicen mamá y papá que éramos ricos y ya somos pobres, pero que eso no importa nada, porque lo que se pierde en la tierra, que es lugar de paso, se recobra centuplicado en el cielo, que es lugar definitivo. Yo te doy gracias en nombre de papá y mamá y mio, y se las doy á tu divino hijo por habernos dejado pobres y habernos traído á Leandro más guapo, más sabio y más cariñoso que fué allá..... donde dice que saben hacer perfumes sin tener flores, y vino sin tener uvas.

—¡Bien, Teresita! exclamé conmovido con la belleza, si no de forma, de fondo, de aquel discursito.

—¿Te gusta? Pues entre mamá y yo le hemos arreglado. Mamá me decia lo que era necesario decir á *amá-virgiña* y yo buscaba el modo de decírselo.....

—Pero en eso de los perfumes y el vino no tengo yo arte ni parte.

—Es verdad, mamá, pero lo he añadido por no acordarme de esos nombres tan revesados de la tierra donde ha estado Leandro.

—De todos modos mamá y tú sois unas sábias.....

—Calle V., adulator, y venga á tomar chocolate con nosotros, me interrumpió Mari-Santa señalando hácia el comedor, á una de cuyas grandes ventanas que daban al jardin acababa de asomarse una de las muchachas como diciendo: «cuando VV. gusten.»

En efecto, á tomar chocolate fuimos, y en el comedor, y luégo bajo el emparrado, hablamos lo que no es decible en este libro que debe ser lo más posible corto para que sea lo ménos posible malo.

Allí, resumiendo Leandro su opinion y la de sus padres en punto á lo presente y lo por venir de la familia, me dijo con la unánime aprobacion de todos, incluso yo mismo:

—Papá dice que cuando él comenzó á trabajar para vivir él y los suyos, no tenía ni la centésima probabilidad que él y yo tenemos de enriquecernos, porque comparados con lo que él era, somos unos sabios y unos Cresos. Nos encerraremos todo el año en Gorostiza, que es un paraíso para gentes de instintos tan aldeanos como los nuestros, reducirémos nuestra mesa á la olla aldeana, el

vino de Inchaurre y el pan de marineros (1), para lo cual bastan y sobran las rentas de las caserías y del cuartel de invierno que arrendaremos; con lo que papá y mamá tenían olvidado en el fondo de la gabeta, y con algo más que busquemos en el crédito que suponemos no se habrá ido enteramente á fondo en este naufragio, nos meterémos á fabricantes de hierro en Ibarrondo, cuya pobre y vieja ferrería ya era hora de que se la sacase del olvido en que yacia y se la remozase y alegrase, y verá V. como á la vuelta de pocos años somos tan ricos como los Ibarra (2).

Cuando las campanas de San Pedro de Deusto tocaban á la oracion, salí de Gorostiza tan consolado y alegre como descorazonado y triste habia ido, y torné á la villa diciendo:

—¡Ah, que poco valen los tesoros del arca comparados con los tesoros del corazon! ¡Señor, si un dia falta en mi mesa el pan, que no falte en mi alma la fortaleza para recobrarle!

XXXV.

LA FRUCTIFICACION.

Pocos dias despues de mi visita á Gorostiza, ya eran públicos en Bilbao y áun en Vizcaya los contratiempos

(1) Pan en grandes hogazas y muy sano que se fabrica para los buques y usan las familias pobres ó económicas.

(2) Los señores Ibarra y Compañía, opulenta y acreditada casa, dueña de la gran ferrería del Desierto en Baracaldo.